

to podía; y tan fino se mostró siempre que nada consideramos sea suficiente para corresponderle y manifestarle nuestra gratitud.

En la noche estábamos citados para la asistencia á la iglesia de la Merced, donde la sociedad católica había arreglado se entonase una salve muy solemne como sólo en Europa acostumbra hacerse; muy á mi pesar lo digo.

A las siete se presentaron como unos cuarenta niños, todos de poca edad, pues apenas contarían 12 años, uniformados de sotana y sobrepelliz. Acto continuo el señor cura entonó la salve, y cual si coros angélicos la entonasen, escuchábamos esas melodiosas y argentinas voces que nos llegaban al corazón. Todo pasó como por encanto y nos pareció muy corto el tiempo que empleamos en oír aquellas dulces voces. Luego se cantó la oración ante un gran concurso de fieles que invadió la iglesia.

Después penetramos al camarín y subiendo hasta el trono, imprimimos un ósculo en la imagen de Santa María de la Merced, la misma que según la tradición se le apareció á San Pedro Nolasco.



#### CAPITULO CUARTO.

Montserrat.—El Ferrocarril de Caramallera.—El Sr. Abad de los Benedictinos.—Manresa.—El recibimiento.—El pozo de la gallina.—Desayuno en casa del Sr. Arcipreste.—Reparatrices.—El puente de los Romanos.—Regreso á Barcelona.—El R. P. Ramón Fluvia.—Velada literaria.—“Sociedad Católica Barcelonesa.”—Teresianas.—La Partida.—Port-Bon, frontera francesa.—Aduana de Génova.—Veintimiglia.—La Aduana Italiana.

**L** lunes 21 estábamos citados para las siete de la mañana en la estación del ferrocarril para dirigirnos á Monserrat y á Manresa. El sueño ó flojera nos hizo que perdiéramos el viaje y entonces nos dirigimos á la parroquia de San Pedro, el Padre Modesto y Trinidad Basurto con el fin de celebrar, así como el Padre Lopitos creo no se habrán olvidado los lee-

tores del *Padre de las suertes*), mas después pensó hacerlo mejor en Monserrat y se determinó á ayunar. Celebramos, pues, y luego nos desayunamos encaminándonos sin demora á la estación para incorporarnos con los demás compañeros. Llegamos y ya nos encontramos con el Sr. Obispo Fierro, Canónigo Pedro Romero y Presbíteros Cárdenas, Hueso, Romo, González y Delgado; Señoritas Orendáin, Señores Romo y Flores. Tomamos luego nuestros boletos en segunda clase, de viaje redondo, pagando dos pesetas veinticinco céntimos.

Ya que de céntimos se trata, no será por demás hacer unas explicaciones acerca de la moneda. Pocas palabras serán bastantes. Los billetes y la plata tienen el mismo valor. En el oro hay alguna diferencia según está el tipo del cambio. Un duro ó peso tiene cinco pesetas. La peseta cien céntimos ó sean veinte centavos como los nuestros, de suerte que cada centavo representa cinco céntimos, y según esta cuenta, al montar en un tranvía en Barcelona que cobran diez céntimos, da uno dos centavos. Suficiente.

A las ocho y media ya colocados todos en nuestros respectivos asientos, la máquina

dió aviso y comenzó á andar. Con bastante velocidad atravesamos varios pueblos y á las once nos encontramos en Monteriol donde nos trasbordamos al Ferrocarril de Caramallera que debía llevarnos por esos encrespados cerros y colocarnos en el suntuoso santuario de Monserrat. Fielmente cumplió con su cometido, con un poco de retraso de lo común, por estar un poco mala la vía.

A las doce del día habíamos ya vencido y nos hallábamos en Monserrat. Celebró luego la santa misa el Padre Lopitos y nosotros visitábamos mientras tanto la basílica advirtiendo que está llena de andamios por las mejoras que ha emprendido el celoso Sr. Abad Mitrado, José de As, superior de los Padres Benedéctimos quienes cuidan de esta basílica y viven en el convento.

Después, como á las doce y media, fuimos á comprar nuestros recuerdos de este feliz viaje. Acto continuo nos dirigimos al hotel donde el Sr. Obispo mandó disponer el almuerzo. Un tanto nos esperamos y á la una y media dábamos principio á tan necesaria operación concluyendo á las dos de la tarde. Cuatro pesetas y media por persona nos cobraron, incluyendo el vino.

Luego nos dirigimos á la cuevita donde según reza la tradición se apareció la Santísima Virgen. Muy pendiente está por cierto el terreno y gran sacrificio se necesita para descender y mucho más para ascender. Sin embargo siguiendo el ejemplo del Sr. Abad Mitrado y de nuestro Sr. Obispo Fierro nos resolvimos, esperándonos solamente las señoras porque era difícil para ellas. Es verdaderamente pintoresco aquel sitio.

En medio de peñascos é inmensos voladeros, tiene uno que ir; pero convida ese ameno lugar donde la Santísima Virgen en una humilde capillita, ostenta su primorosa imagen.

Con muchos trabajos y sudando á mares logramos llevar á cabo nuestro piadoso intento, y á fin de hacerlo todo como deseábamos pagamos cuatro pesetas y media más para que el ferrocarril nos esperara y nos trasladara á Monteriol donde ya en combinación pudiésemos tomar el tren para Manresa.

A las cinco de la tarde, listos ya todos, dimos un estrecho abrazo al ilustre señor Abad suplicándole no se olvidara de nosotros con la Santísima Virgen; y por asalto

tomamos el tren partiendo sin demora. A las seis nos encontrábamos ya en Monteriol, y á los diez minutos se presentó el tren que nos debía conducir á Manresa.

A las ocho de la noche estábamos ya en el andén de esta estación y en el acto nos dirigimos á pie á un hotel, donde quedamos establecidos todos juntos. Luego nos fuimos á la Iglesia de San Ignacio, donde á esas horas había un ejercicio piadoso, y concluido, el señor Obispo se fué á saludar al Sr. Arcipreste, tanto para ponerse á sus órdenes, como para darle las más cumplidas gracias por haber mandado sacerdotes que nos esperaran en la estación y por último para suplicarle nos permitiese celebrar al siguiente día.

A pocos momentos regresó, nos sentamos á la mesa, sin novedad, y llenos de satisfacción nos retiramos á descansar.

Al siguiente día, martes 22, nos levantamos muy temprano y todos nos dirigimos á la hermosa y suntuosa basílica de San Ignacio, donde los Padres Jesuitas nos recibieron con suma amabilidad proporcionándonos lo necesario para la celebración de la santa Misa.

Luego comenzaron á salir revestidos los compañeros, dirigiéndose nuestro ilustre Sr. Obispo Fierro á la cuevita donde el gran Ignacio se entregara á la oración y compusiera sus famosos ejercicios que tanto fruto han producido, y á tantos pecadores han convertido.

Concluido que hubo, por favor del Reverendo Padre encargado, pudo salir el padre Trinidad Basurto, no pudiendo celebrar ya más misas, porque el tiempo era muy limitado y el amabilísimo Sr. Arcipreste nos había invitado á su mesa ofreciéndonos el desayuno.

Así es que unos momentos nos detuvimos á contemplar la Cruz que, á la entrada de la cueva, grabara el mismo San Ignacio, y la cual besamos con reverencia, dirigiéndonos luego á la habitación del Sr. Arcipreste, situada frente á la parroquia, la que visitamos también cuando el cabildo se encontraba recitando las horas menores.

Después fuimos unos cuantos instantes á obsequiar la invitación que las Reparatrices establecidas en esta importante población hicieron al señor Obispo para que visitáramos su convento.

Sin más demoras nos fuimos á la estación, viendo antes en la calle un pozo, donde se cuenta como hecho bastante verosímil, que el gran santo viendo que una gallina había caído en él, y no pudiendo sacarla, con temor, como era muy natural, de que se ahogara, hizo que el agua subiera de su nivel hasta que con facilidad se pudiera sacar y aun á la fecha se conserva con una inscripción en español que á todos los siglos dará á conocer ese hecho maravilloso.

Ya en la estación compramos nuestros respectivos boletos de segunda clase para regresar á la simpática y hospitalaria ciudad de Barcelona, pagando dos pesetas y veinticinco céntimos.

Mientras el tren llegaba nos entreteníamos en contemplar un majestuoso puente por el que atraviesa un caudaloso río que á la orilla de la población pasa, el cual manifiesta el poder de los romanos, pues se dice data de ese tiempo y el cual ha desafiado á los siglos y los desafiará, sabe Dios por cuantos más, al menos que las generaciones presentes pasarán y el puente las verá impávido, conservándose en su mismo estado.

A las diez anunciaba ya la máquina su pronta llegada á la estación y todos listos estábamos para apoderarnos luego de sus vagones. En unos cuantos instantes todos estábamos ya acomodados y con holgura, esperando tan sólo el momento de la partida. Dos minutos después, cuando más, y en marcha se puso perdiendo luego de vista ese lugar tan pintoresco y de tantos recuerdos para el creyente.

A las once y media nos encontrábamos ya en las goteras de Barcelona, y á poco andar estábamos en la estación. Esperábanos ya en ella los amables padres Pluvia y Elías, quienes habían sido nuestras guías y fieles compañeros durante los felices días de nuestra permanencia en esta hospitalaria y bellísima ciudad. A nuestros respectivos hoteles nos fuimos dirigiendo para tomar alimento y sin pérdida alguna de tiempo seguir conociendo la encantadora Barcelona *bona*.

A nuestro regreso nos fué dada la fausta y agradable noticia, de que se había dispuesto una velada literaria en obsequio de nosotros, humildes peregrinos mejicanos, para esta misma noche, por la simpática

Sociedad Católica. Con este motivo cenamos un poco temprano y con puntualidad nos dirigimos á las siete y media al lugar designado, y allí nos encontramos con una selecta concurrencia, ya de señoras como también de señoritas y caballeros, todos de riguroso uniforme y guante blanco. Unos de éstos estaban destinados, ó formaban la comisión de recibir á los invitados, los que con suma cortesía y exquisita finura cumplían con su cometido, conduciéndonos al salón que era espacioso y magnífico, dándonos el respectivo prospecto, colmándonos de inmerecidas atenciones, y colocándonos en los asientos preparados de antemano.

El programa de tan variada velada fué el siguiente:

“Programa de la velada Literario-Músico-Coral que la *Asociación de Católicos* dedica el 22 de Febrero de 1898, á los Ilustrísimos señores Obispos de Puebla y de Tamaulipas y demás personas que forman la Peregrinación Mejicana á la Ciudad Eterna.

1º *Presentación* de la Asociación de Católicos, por el Presidente de la misma, Dr. D. Delfin Donadiu.

2º Cuarteto.

3º *Poesía* por el socio D. Mariano Fortuny.

- 4.º *Les Fils du Canigó*, pieza coral con acompañamiento de piano.—*Candi*.
- 5.º *Discurso doctrinal* por el socio D. Mariano Macía y Creus.
- 6.º Cuarteto.
- 7.º *Poesía* por el socio Dr. D. Juan Bassols.
- 8.º *Poesía* por D. Cayetano Pareja.
- 9.º Cuarteto.
- 10.º *Discurso de gracias* por el Vicepresidente de la expresada Asociación, D. Aristides de Artiñano.
- 11.º *Panis angélicus*, motete (para las dos secciones de hombres y niños.)—*Quintana*.

*Nota.*—La parte musical será desempeñada por los señores Parera (piano), Bargalló (armonium), Ainaud (violín), y Ortiz (violoncello), y la coral por el *Orfeón Canigó*, dirigido por su maestro D. José Quintana.

Destacábase en medio del salón la respetable persona del Ilmo. Sr. Obispo de Puebla de los Angeles; á su derecha había tomado asiento el simpático joven Obispo de Tamaulipas, y á la izquierda el entendido y bondadoso Sr. Presidente de la Sociedad Católica.

A las ocho dió principio como se había ofrecido, se pronunciaron varios discursos y poesías, se cantaron algunos himnos, y se tocaron varias piezas de música, siendo to-

do de lo más selecto, y, á decir verdad, los oradores cumplieron perfectamente con su cometido; hablaban al corazón y una vez más confirmaron la justa fama que por el orbe todo tienen los genios españoles. Para concluir tomó la palabra el Ilmo. Sr. Amézquita, y todos en pie escuchábamos su improvisado discurso que algunas lágrimas obligara á derramar á todos los oyentes.

A las diez y media nos retirábamos muy satisfechos, llenos de gratitud á la fraternal sociedad barcelonesa, deseosos de manifestarles en alguna ocasión nuestro cariño y reconocimiento; lamentándonos tan sólo de que tan pronto hubiese terminado una reunión familiar, si así se nos permite llamarla, de la que gratos, gratísimos recordos nos quedaban.

Nuestros más sinceros agradecimientos hacemos presentes desde estas humildes líneas á la simpática Sociedad Católica y en especial á su digno Señor Presidente, así como á las respetables personas que prestaron su valiosa cooperación para llevar á cabo la velada literaria, que en nuestro obsequio tuviera lugar en esa memorable noche.

Al R. P. Ramón Fluvia Vice-Procurador

de las misiones de Fernando Poo y Golfo de Guinea, así como á los reverendos padres José Elías catedrático del Seminario, Tomás Navarro y Juan Bautista Alter, hacemos también pública nuestra gratitud, pues se manejaron con nosotros amables, caritativos y siempre serviciales, perdonando nuestras continuas imprudencias; sus nombres quedarán para siempre impresos con caracteres indelebles en nuestro pobre corazón.

Llenos de fatiga y algunos sin cenar, pero muy satisfechos y llenos de regocijo nos entregamos al descanso.

El miércoles 23 fuimos muy temprano á la parroquia de Santa María del Mar algunos de los peregrinos sacerdotes, con el fin de celebrar, lo cual sin dificultad pudimos verificar, yendo en seguida á tomar ceniza, según la costumbre de la Iglesia. Después tomamos la máquina que conduce á San Gervasio, adonde íbamos con el fin de visitar á las bondadosas monjas Teresianas, así como á darles las más debidas gracias y cumplidas excusas por no haber aceptado el favor que nos deseaban hacer. Ya para separarnos nos invitaron á comer y un acto de imprudencia y grosería nos pareció

el no aceptar tal favor, y por lo mismo, gustosos determinamos obsequiar sus deseos. Nunca nos arrepentiremos, pues complacientes, finas y caritativas, se manifestaron siempre, deseando adivinarnos el pensamiento para darnos gusto.

¡Oh! sí, repetimos y repetiremos siempre, que las atenciones y finezas que en Barcelona por doquiera nos dispensaron nos dejaron cautivados.

En la tarde á las cinco tomamos el tren para regresar y aprovechar el poco tiempo que nos faltaba para ausentarnos de esta población.

A las cinco de la mañana del jueves 24 de Febrero, nos encontrábamos reunidos todos los peregrinos en la estación del ferrocarril, listos para tomar nuestros boletos para Veintimiglia, pagando setenta y ocho pesetas y diez céntimos en segunda clase.

En medio de aquel bullicio producido por la aglomeración de pasajeros pudimos tomar nuestros asientos, y á las cinco y media con gran pena, y con el corazón lleno de amargura dábamos un adiós eterno á la simpática y bella población de Barcelona y á sus amables, finos y hospitalarios hijos.

Todavía en la estación, á la hora de partir, pudimos ver á nuestro amable Padre Ramón Fluvia y á los recomendables y finos sacerdotes Elías Navarro y Alter, sin que fuese difícil ó molesta para ellos la hora, no obstante ser temprano, pues que serviciales en exceso no se contentaron hasta vernos partir. Después de darles un estrecho abrazo, y haberles dicho muchas cosas con el lenguaje mudo pero muy elocuente, los perdimos de vista, pues la inconsecuente máquina no nos concedió más tiempo.

A las doce nos encontrábamos en Portbou, frontera francesa, donde se efectuó el correspondiente registro siendo en verdad muy comedidos los empleados. Sólo al Padre Maciel le tocó la de malas, pues quién sabe cómo le vieron dos cajas de cigarros y después de cobrarle 60 francos de multa, le exigían los derechos, y mejor los dejó para que fumaran tabaco mejicano. Por lo demás, ningún contratiempo hubo. Comimos en la fonda siendo bien asistidos, por cuatro pesetas, y en seguida nos trasbordamos á los ferrocarriles. Se puso luego el tren en movimiento y después de andar tanto y sin cenar, á las once y media llegamos á Mar-

silla. Nos bajamos del tren en que íbamos para montar en el que nos había de llevar adelante. A las doce y media de la noche, salimos de esta población para llegar á las siete y media del siguiente día á la estación Veintimiglia frontera de Italia, donde se repitió la misma operación de la aduana. Sólo podremos quejarnos de las molestias de cargar con los equipajes, mas por lo demás, finos y muy atentos se mostraron los aduaneros. Limitábanse sólo á preguntar si llevábamos algo que pagara derechos. Contestábamos que no, y luego nos interrogaban si teníamos *sale é tabbaqui*. Siempre era negativa nuestra respuesta. Abríamos nuestros equipajes, mas sólo por ceremonia; luego les ponían una contraseña y pasábamos perfectamente.

Aquí había que tomar nuevos boletos, pues los que traíamos habían caducado; mas como la hora señalada para la partida dilatava aún algo nos fuimos á tomar un desayuno en la fonda ó restaurant situado frente á la estación, donde mirándonos *con compasión*, nos cobraron siete y media liras por persona. ¡ Algo hay que sufrir !

Luego nos dirigimos á la playa y así dan-



do vueltas hasta que nos dió la una de la tarde, á cuya hora debíamos estar en la estación, para que mediante sesenta y un liras y setenta y cuatro céntimos, nos dieran asiento en segunda clase. Presentando el boleto pudimos penetrar al andén é instalarnos en los vagones. La una y media era la hora señalada para la partida, y sin demora alguna, marcando el reloj de la estación esta hora, sonó la campana y la máquina comenzó á andar.

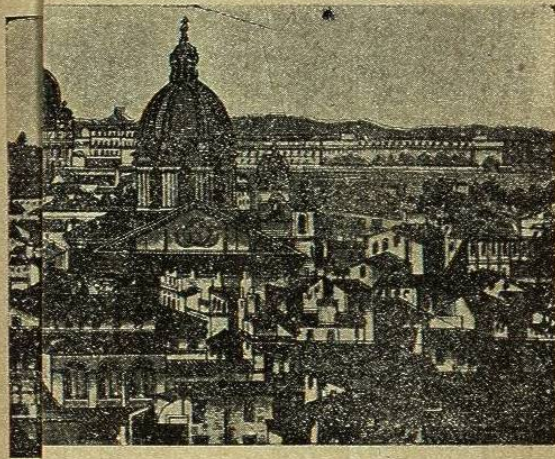
Para inteligencia, del lector daremos algunas noticias acerca de la moneda italiana :

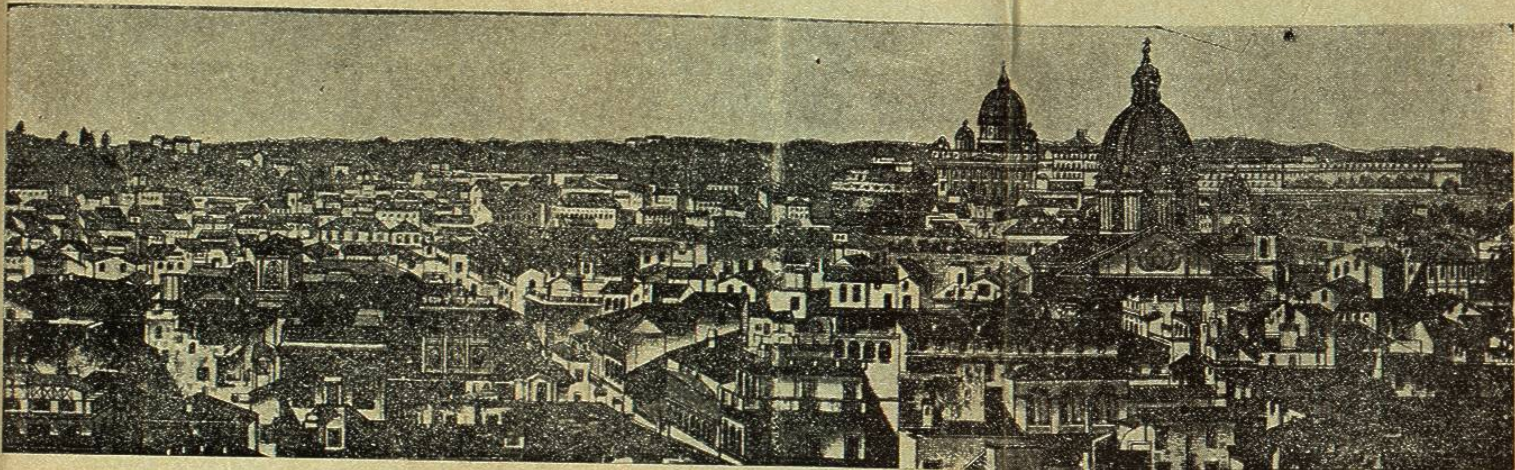
En Italia, según vimos en esta ocasión y entendemos por lo que nos dijeron así es siempre, el oro francés, inglés y americano tienen una diferencia con el italiano, de siete á diez por ciento. La moneda común es la lira, y cinco de éstas componen un peso ; por supuesto que casi nunca se le ve la cara á una moneda de plata. Papel, nickel, cobre y oro es lo que circula por todas partes. Hay papel hasta de una lira : ésta tiene cien céntimos ó veinte centavos, como los nuestros, sólo que éstos llevan grabados su valor de cinco céntimos. Ya se deja entender por lo mismo que no hay diferencia en-

tre el oro, papel, cobre, y plata si la hubiese. Creo es suficiente lo dicho para formarse una idea de la moneda italiana.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY





PANORAMA DE ROMA